

# MEDIOEVO Y LITERATURA

Actas del V Congreso de la Asociación  
Hispanica de Literatura Medieval

(Granada, 27 septiembre - 1 octubre 1993)

Volumen II

Edición de Juan Paredes

GRANADA  
1995

© ANÓNIMAS Y COLECTIVAS.

© UNIVERSIDAD DE GRANADA.

MEDIOEVO Y LITERATURA.

ISBN: 84-338-2023-0. (Obra completa).

ISBN: 84-338-2024-9. (Tomo I).

ISBN: 84-338-2025-7. (Tomo II).

ISBN: 84-338-2026-5. (Tomo III).

ISBN: 84-338-2027-3. (Tomo IV).

Depósito legal: GR/232-1995.

Edita e imprime: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada. Campus Universitario de Cartuja. Granada.

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

## El torneo caballeresco: De la preparación militar a la fiesta y representación teatral

El torneo caballeresco, iniciado en el siglo XI como parte del entrenamiento de los caballeros por Godofredo de Preuilly, en la región de Maine, con el tiempo, alcanzó a ser un ritual de entrenamiento, y hasta un juego, perfectamente codificado y acabado por estatutos y reglamentos<sup>1</sup> que más adelante se amoldó a su vez a las sugencias que se desprendían de algunos modelos literarios como las novelas artúricas de las que los caballeros de los siglos XI y XII, a su vez, lo habían sido<sup>2</sup>. El primer torneo del que se tienen noticias que fue celebrado de esta manera, y en el que los participantes vistieron galas propias de la corte del rey Arturo, como se refiere en las *Mémoires* de Philippe de Novare, sucedió en Chipre en 1223 con motivo de ser armado caballero el barón Jean de Ibelin, señor de Beirut<sup>3</sup>. En otras *crónicas* y *novelas* se relatan algunas de las auténticas representaciones teatrales que se hicieron en estas ocasiones, y en las que las figuras del rey Arturo y sus caballeros de La Tabla Redonda fueron las más socorridas en dichos elencos<sup>4</sup>. En el relato *Sarrasin: Le roman de Hem* encontramos cómo los caballeros que tomaron parte en el torneo de esta ciudad y sus organizadores se repartieron los papeles del rey Arturo, de la reina Ginebra, de los caballeros Yvain, Lanzarote, y de la Torre Blanca, y otros personajes de aquel mundo añorado para desarrollar sobre ellos el *juego escénico* de liberar a cuatro

---

1. Vid. PARISSÉ, M., "Le tournoi en France, des origines à la fin du XII siècle", in: *Das ritterliche Turnier im Mittelalter: Beiträge zu einer vergleichenden Formen- und Verhaltensgeschichte des Rittertums*. J. Fleckenstein ed. Göttingen. LXXX, 1985, p. 175 y ss., y BARKER, V., *The Tournament in England (1100-1400)*. Woodbridge, Suffolk, 1986. Sobre la evolución del torneo medieval en KEEN, M., *La caballería*, Barcelona, 1986, p. 115 y ss.

2. CLINE, R.H., "The influence of romances on tournaments of the middle age", *Speculum*, 20, 1945, p. 204 y ss.

3. P. de NOVARE, *Mémoires*, París, 1913, p. 8 y ss.

4. Vid. LOOMIS, R.S., "Chivalric and dramatic imitations of Arthurian romance" in: *Medieval Studies in memory of A. K. Porter*, Cambridge, Mass. 1939, p. 79 y ss., y de CLIME, R.H., "The influence... *Op. cit.*, p. 209.

doncellas que estaban prisioneras de un gigante<sup>5</sup>, lo que es algo bastante parecido a cómo se desarrolló el torneo que organizó el rey Eduardo I en 1299<sup>6</sup>.

En España, a comienzos del siglo XV, como en Italia, donde se hicieron estos torneos dramatizados con el nombre de *tornei a soggeto*, empezaron a celebrarse este tipo de espectáculos con cierta frecuencia, como el que se llevó a cabo en la plaza del Mercado de Valencia en 1428, y en el que tomó parte Alfonso el Magnánimo, que es el primero de ellos del que nos han llegado noticias<sup>7</sup>.

El torneo tenía una parte primera, el desafío, que se efectuaba sobre el diálogo contenido en una fórmula más o menos repetitiva que llevaba en sí el germen de lo dramático, pues solía hacerse en el palacio al aparecer ante el rey varios personajes disfrazados que interrumpían el acto que se estaba celebrando en ese momento, para integrarlo en el espectáculo, y daban cuenta de las condiciones por las que se habría de verificar el hecho de armas. El desafío, que pretendía llegar al auditorio como un acontecimiento extraordinario, se realizaba con grandes gestos melodramáticos junto al recitado de las *cartas de desafío* y de los *votos*, e incluso en medio de decorados realizados expresamente que lo enmarcaban convenientemente. El hecho de armas se llevaba a cabo en la plaza o patio del castillo, dentro de un fastuoso ceremonial, con los espectadores pertenecientes a la nobleza asomados a las ventanas o catafalcos levantados para el caso, o grandes plazas. Tanto el desafío como el torneo, con el paso del tiempo, se hicieron más complicados y, a la vez, tomaron de manera decidida formas teatrales que fueron sacadas, como se ha apuntado, de modelos literarios caballerescos y pastoriles de los que incluso tomaron sus nombres como *Rocher Perilleux*, *La Bergière*, *La Belle Maurienne*, *Arbre de Charlemagne*, *Femme Sauvage* y otros muchos<sup>8</sup>, aunque sobre todos ellos dominó siempre lo relacionado con el universo del rey Artúro. En 1493, en Sandricourt, el duque Luis de Orleans celebró un torneo que se desarrolló con

5. *Sarrasin: Le Roman du Hem*, ed. de A. HENRY, París, 1939.

6. LOOMIS, R.S., "Edward I, Arthurian Enthusiast", *Speculum*, 18, 1953, p. 114 y ss. Sobre las relaciones de la literatura con los torneos vid. CHÉNERIE, M.L., "Ces curieux chevaliers tourneyeurs... Des fabliaux aux romans", *Romania*, 91, 1976, p. 327 y ss. Y sobre la literatura caballeresca y la vida en *Chivalric Literature: Essays on Relations between Literature and Life in the Later Middle Ages*, Larry D. BENSON y John LEYERLE eds. Kalamazoo, Studies in Medieval Culture, 1980, XIV, p. 1 y ss. y de BARKER, J. y KEEN, M., "The Medieval English Kings and Tournament", in: *Das ritterliche Turneir im Mitterlalter: Beiträge zu einer vergleichenden Formennund Verhaltensgeschichte des Rittertims*. J. Fleckenstei ed. Göttingen. Veröffentlichungen des Max-Planck, LXXX, 1985, p. 175 y ss.

7. CARRERES ZACARÉS, S., *Ensayo de una bibliografía de libros de fiestas celebradas en Valencia y su antiguo Reino*, Valencia, 1925. II, p. 110 y ss. En España ver de ANDRÉS DÍAZ, R. de. "Las fiestas de caballería en la Castilla de los Trastámara", *La España Medieval*, 6, 1986, p. 81 y ss.

8. Ver A. PLANCHE, "Du tournoi au théâtre en Bourgogne: Le Pas de Fontaine des Pleurs `Chalon-sur-Aaóne, 1449-50", *Le Moyen Age*, 81, p. 117 y ss.



una primera parte en la que los caballeros que habían sido invitados a tomar parte en él se diseminaron en compañía de sus doncellas por un bosque que estaba próximo al castillo para entrar en *busca de aventura*<sup>9</sup>.

Desde mediados del siglo XI, en la cerrada vida corporativa de la nobleza, había ido tomando una gran importancia la figura del caballero que en una etapa anterior se había iniciado sobre los segundones de las familias nobles que pronto fueron conocidos con el de *jóvenes*, y que por ser los menos favorecidos por la fortuna, se vieron obligados a salir al mundo en busca de fortuna con la que alcanzar una posición que les permitiese ascender a los estratos confortables de los cuerpos superiores. En los torneos y justas encontraron también la oportunidad que les podía brindar la vida, al tiempo que se convertían en la gran metáfora definidora de aquel mundo gótico pletórico de filigranas y formalidades.

No podemos ver como un hecho casual, como brotado por generación espontánea, que fuese en el siglo XII cuando se crea y desarrolla la novela, un género que describe hasta sus últimas consecuencias, por medio de la ficción que fue concebida y utilizada como una realidad compensatoria y equilibradora procurada por la imaginación, de modo que lo así recreado también se pudo presentar como una realidad sustancial, ya que en ese mismo tiempo la vida social de la nobleza, había tenido que recurrir, para su supervivencia, a refugiarse en una larga serie de actos en los que dominaba de una manera manifiesta la alteridad, que la condujo a un mundo reglamentado por apariencias y representaciones.

La caballería, nacida en un momento muy preciso de la historia y evolucionada sobre la piedra angular de los *milites*, que en siglo XI pasaron a conformar la baja nobleza que rodeaba a los grandes señores feudales, y que se apoyaba siempre sobre una permanente inestabilidad económica, llegó a colmar aquel mundo hasta convertirse en su referencia cultural, junto a la religiosa procurada por las ordenes monásticas.

Pero la caballería, –que en un primer momento quedó también como un medio que permitía la ascensión a la nobleza, ya que en el siglo X no aparecía como un cuerpo cerrado, pues a ella podían acceder todavía, con cierta facilidad, los llamados *homines novi*, y en el que el término *miles* servía para designar al hombre que guerreaba, independientemente que lo hiciera a pie o a caballo–, en el siglo XIII, en el que este mismo término sólo podía aplicarse ya a una capa social muy precisa, la nobleza, que se había apropiado de la idoneidad del caballero, y en sus consecuencias, ya había recorrido un largo camino que la había conducido a metamorfosearse completamente.

---

9. COLOMBIÈRE, V. de, *Le Vray Théâtre d'honneur et de chevalerie*, París, 1648. T.I. p. 150 y ss. KEEN, M., en su libro citado hace varias referencias a modelos literarios, Ed. cit. p. 271 y ss.

Para conseguir ser caballero, en el siglo XIII, había que pertenecer, por relación familiar, a determinado estrato social y cumplir una larga serie de condicionamientos que terminaba en un ritual, al que ya sólo podían concurrir los elegidos, que a su vez, eran los que habían impuesto las reglas.

En otro lugar he expuesto como Georges Duby ha estudiado la transformación que sobre una simplificación y esquematización progresivas sufrieron los elementos de la cultura aristocrática al ser vulgarizados, y cómo, junto a ellos, pero por otra vía, los propios de las capas inferiores, al ser tomados por las superiores, también sufrieron un proceso de estilización<sup>10</sup>. Todo ello hizo que en los siglos XII y XIII, la gran mayoría de los *miles*, como ya hemos apuntado, fueran los hijos segundones de familias nobles que habían sido lanzados a la vida para que encontrasen en la *quête* la posibilidad de ganar honor y fortuna.

La vida del hombre guerrero pasó así a convertirse en algo muy diferente a como lo había sido siglos antes hasta aparecer como un algo indefinido y aleatorio en el que concurrían varias series de fuerzas, en un aparente juego, y en el que se tomaba parte a impulsos personales y exterior que actuaban con las apariencias de la fatalidad. Estos *jóvenes*<sup>11</sup>, que eran los guerreros, hombres adultos comprendidos entre el momento de haber sido armados caballeros y el de contraer matrimonio, o hasta que tenían un hijo, – lo que es lo mismo que decir que desde que salían de la casa del padre hasta que llegaban a poseer la suya–, pasaban a la vida orientados por la búsqueda de encuentros y situaciones, de *empresas*, en los que poder demostrar su valía.

Para estos hombres, los caballeros andantes, el mundo se transformó en un gran escenario en el que debían representar el papel que les había tocado en el reparto hecho sobre los hombres. Ellos, dentro de la tríada social, pertenecían a los *bellatores*, a los guerreros, a la nobleza..., y como tales eran custodios de una serie de garantías que habían de cumplirse para que la vida en el mundo pudiera discurrir de manera que en él brillase la justicia y la caridad, y el amor, un sentimiento descubierto en aquellos momentos también en el mundo aristocrático. Ellos eran campeones que debían poder demostrar en cada momento la razón que asistía a su brazo, que a su vez les conducía a mostrarse desde un *valer más* que les mediatizaba y consolidaba. Si el mundo de los grandes combates y batallas, en el siglo XIII, había comenzado a decaer por la aparición de nuevas armas, como el gran arco o las armas de fuego, ellos salieron a los caminos del

10. FLORES ARROYUELO, F.J., *El caballero, hombre y prototipo*, Murcia, 1982, p. 96.

11. DUBY, G., “Los jóvenes en la sociedad aristocrática de la Francia del noroeste en el siglo XII”, *Annales E.S.C.* 5, 1964, p. 835 y ss. (Edición española en *Hombres y estructuras de la Edad Media*, Madrid, 1977, p. 132 y ss.)

mundo para encontrar aventuras y pelear en enfrentamientos singulares que eran visto como entrenamiento y también como simulacro que tenía al final su compensación pecuniaria<sup>12</sup>. Más tarde, la iglesia, sobre las Ordenes Militares, paralelas en gran sentido a las Ordenes Religiosas, trató de encauzar toda esta energía que se tuvo como un fruto desperdiciado, inmoral y perjudicial. Pero antes, estos hombres organizaron la vida sobre unos valores muy peculiares que, al final, obligó a que se transformase el mundo. Detrás quedaba la realidad política, social y religiosa sobre la que discurría la vida en aquel período del pasado europeo, y del que se sentían rechazados ya que no podían encuadrarse en sus estructuras. Estos caballeros, que pasaron a ser *andantes* por vagar de manera incierta por el mundo que se abría ante ellos, para cumplir su labor de *quête* por la que se demostraban a sí mismos lo que valían, no podían integrarse en la vida política ni militar que quedaban circunscritas y establecidas para la nobleza superior, y mucho menos, en la capa trabajadora del *tercer estado*, ya que les era imposible por la propia condición que les imponía su nacimiento, que se lo vetaba, dar tal paso. Estos caballeros, con una sobrecarga terrible de soledad y desamparo, quedaron como seres desplazados y extraños del propio cuerpo social en que nacieron y se educaron, y al que sólo podrían tomar una vez que hubieran demostrado que eran dignos de ello, al haber adquirido honor y hacerse acreedor de poder optar al matrimonio de una rica heredera o de poseer una cuantiosa riqueza.

Cuando, en los siglos XII y XIII se creó y difundió el género de la novela caballeresca por Chrétien de Troyes con la figura del rey Artús como núcleo del que irradiaban las directrices sobre las que se sostenían las vidas cortesana y caballeresca que en ellas se desarrollaron, este cosmos paralelo que había sido recreado por los caballeros para poder *jugar* en él su suerte, pasó a ser la fiel imagen en que se veía reflejado aquel mundo bajomedieval porque, además, así el caballero mismo quería contemplarse. En la novela, en la ficción, capaz de recrear la realidad, y lo que es más, de dar un sentido definitivo al mundo, fruto de un deseo y de una voluntad, que ellos mismo habían argumentado en su entorno, la figura del caballero pasó a encontrar su última y definitiva razón de ser. Por primera vez en la historia de la humanidad, la realidad y la ficción por ella y sobre ella creada, pasaron a formar un único cuerpo. El caballero, como personaje de la novela, de ese universo cortesano que es realidad y como tal también realidad

---

12. Vid. *Histoire de Guillaume le Maréchal comte de Strignil et de Pembroke, regent d'Angleterre de 1216 á 1219*, edición y traducción de P. MEYER, Renouard, 1891. Sobre este caballero DUBY, G., ha escrito su biografía: *Guillaume le Maréchal ou le meilleur chevalier du monde*, París, 1984. (Hay traducción española, Madrid, 1985.)



ficcional, pasó a ser un hombre que participaba en el gran juego de la vida que en aquel momento estaba representada por la desarrollada en aquellas cortes, con sus resonancias centralistas y monárquicas<sup>13</sup>.

La idea del juego como razón de ser que iluminaba la vida cortesana, y que a su vez guiaba la búsqueda de su identidad, individual y colectivamente, fue la fuerza que concurrió también para que se hiciese posible la aparición de una nueva civilización en la que no era extraño encontrar los ingredientes de un nihilismo más o menos manifiesto que se enfrentaba a la concepción cristiana que imponía la idea del martirio del héroe, de su sacrificio e inmolación, como fuente liberadora de un pasado oscuro, como fuente liberadora de un origen mítico manchado por el pecado que determinaba la vida misma. Por el juego se alcanzaba una sensación de libertad que a su vez contrastaba con la de fatalidad que el mismo juego conlleva, como en el amor, posiblemente el juego supremo.

Por el juego el hombre medieval<sup>14</sup> llegó a alcanzar un estado que le permitía situarse entre a la realidad opresiva que le envolvía y a la realidad entrevista de manera desdibujada en el sueño, donde, por contra, todo era posible, donde lo maravilloso, tanto sobrenatural o como meramente fantástico, se presentaba como un paso natural<sup>15</sup>. Pero muy pronto, también, aquél hombre descubrió que para participar de ese mundo recreado, para participar de esa ficción en la que podía moverse con determinación, para jugar,... debía de admitir unas reglas que ajustaba la libertad a unos señalados límites que imponían la condición de no poder consentir el menor atisbo de añagaza.

Aunque para que todo esto pudiera llegar a ser, tanto en la vida como en la ficción, fue condición que se desarrollase en todos sus extremos una ceremonia que resultó ser la piedra clave sobre la que se sostuvo todo este singular cuerpo, el torneo, la justa<sup>16</sup>, un acto ritual, un perpetuo rito de paso, que permitió que los caballeros pudieran participar de manera abierta tanto en el escenario de la vida como en el de la ficción que la completaba.

La novela caballerescas iniciada por Chrétien de Troyes no puede ser vista solamente como consecuencia de un acto creador de este autor sobre un mundo abierto que evolucionaba ante él, sino como la cristalización por la que se verificó una transposición literaria de un hecho de ficción que aquella sociedad de la Baja Edad Media había sabido argumentar para contemplarse y perpetuarse. Por ello,

13. Como tal supo verlo, por ejemplo, Ruíz DOMENEC, J.E., cuando analizó al Chevalier de la Charrete en *La Caballería o la imagen cortesana del mundo*, Genova, 1984, p. 83 y ss.

14. Recordemos a HUIZINGA, *Homo ludens*, Madrid, 1968.

15. Sobre la lo maravilloso y lo fantástico, vid. FLORES ARROYUELO, F.J., *Alonso Quijano, el hidalgo que encontró el tiempo perdido*, Murcia, 1979, p. 95 y ss.

16. RIQUER, M. de, *Caballeros andantes españoles*, Madrid, 1967, p. 58.

el hecho de armas ficticio llegó a adquirir un valor tangible y también simbólico, pues no en vano sobre él comenzó a girar en gran parte el quehacer de los caballeros en la vida.

La justa, el combate singular de un caballero con otro, o el torneo, una lucha que simulaba una batalla real en la que se enfrentaban grupos de caballeros divididos en cuadrillas o bandos, hicieron que con su apariencia de enfrentamiento deportivo y guerrero concurren también en el juego intereses que, de forma paralela, se desarrollaron en la propia admisión de los aspirantes en las ordenes de caballería.

En un principio, tanto la justa como el torneo, aparecieron como algo limitado a lo que era un entrenamiento o simulación de combate en el que se podían perfilar determinadas artes y técnicas de defensa o de ataque. El propio término, *torneo*, nos dice de esta condición de ensayo en el que se torna una y otra vez hasta aprender correctamente una práctica del guerrero a caballo, pero, según parece, a mediados del siglo XI el caballero angevino Godofreo de Preuilly concibió la idea de que en ese adiestramiento o entrenamiento apareciese también la idea de pugna entre contrincantes por lo que la emulación y el afán de obtención de victoria y de evitar la derrota, pasó a dominar junto a unos premios y recompensas que aparecieron poco después, y sobre unas reglas que hacían del torneo un juego al que solamente podían concurrir unos hombres en los que concurrían determinadas condiciones. Hasta ese momento los entrenamientos de los caballeros también se habían hecho sobre juegos y demostraciones de destreza, pero no como representación de una batalla. Así, en el *Cantar del Mio Cid* encontramos que en el año 1094, para festejar la llegada de doña Jimena y sus hijas a Valencia se hacen juegos de armas

1599 A la madre e a las fijas      bien las abraçava  
           del gozo que avién      de los sos ojos lloravan.  
           Todas las sus mesnadas      en grant deleit estavan,  
           armas tenién      e tablados quebrantavan.

Estos *tablados* eran armazones de madera, generalmente en forma de castillo, situados a gran altura que alanceaban los caballeros hasta derribarlos en una acción que se denominaba *bofordar* o *bohordar*<sup>17</sup>. Y lo mismo vemos en el verso 2247 y siguientes del *Cantar* cuando los infantes de Carrión, antes de las bodas con las hijas del Cid, hicieron demostración de sus habilidades, lo que colmó de satisfacción al Cid.

17. *Cantar de Mio Cid*. Ed. de Alberto MONTANAR y Estudio preliminar de Francisco RICO, Barcelona 1993, p.s 202 y 236.

El torneo se difundió con prontitud por toda Europa durante el siglo XII al mismo tiempo que se veían en estas competiciones entre campeones un motivo idóneo para celebrar en su entorno toda clase de fiestas de la aristocracia y de la masa popular con ferias y mercados, como se evidencia en los documentos de aquellos días que refieren los viajes de muchos caballeros que acudieron a numerosos lugares para competir en ellos. Francia pasó a ser el país en que se celebraba el mayor número de torneos, sobre todo en las regiones del norte y en la región de Champagne, a instancias del conde Enrique que fue un incansable patrocinador de ellos, así como de la literatura cortés que a su vez los propagó<sup>18</sup>, y en los Países Bajos donde Felipe de Flandes también fue promotor de ellos, y a su vez protector de Chrétien de Troyes. Los historiadores que se han ocupado de analizar la evolución seguida por el torneo nos refieren cómo la idea de moda hizo que se extendiese por toda la cristiandad con gran prontitud hasta llegar a celebrarse uno de ellos como un gran espectáculo en Antioquía, en 1159, y en el que participó el emperador bizantino Manuel Comneno<sup>19</sup>.

La iglesia, ante el carácter de sumo peligro que muy pronto adquirieron los torneos, los condenó expresamente en 1130 en el concilio de Clermont, persiguiendo a los que participaban con la excomunión y la negación del entierro cristiano a los que perecían en ellos. Pero poco debió de importar esta condena pues los torneos continuaron celebrándose con gran pujanza. El autor de la *Crónica* de Guillermo el Mariscal habla con entusiasmo de la frecuencia con que se sucedían los torneos en el suelo europeo pues ni el frío ni las intemperies los interrumpían:

“En Gournai tuvo lugar un encuentro en los últimos días de noviembre de 1182; le siguió otro el 13 de enero; por consiguiente, el entreacto se encontraba reducido a un corto espacio de tiempo, a la pequeña cuaresma que imponía el Adviento, al período de abstinencia que precedía a la navidad y, en la octava de esta gran fiesta, a la reunión de las grandes cortes solemnes en las que se veía a los reyes exhibirse en su gloria. (...) Pero aparte de estas cortas vacaciones, la caballería no paraba”<sup>20</sup>.

En el torneo de Lagny, en el que tomó parte este campeón, se reunieron más de tres mil caballeros, acompañados cada uno de sus sirvientes, y de un buen número de combatientes de bajo nacimiento, pero que eran muy hábiles en el manejo de

18. Ver BOUSSARD, J., *Le gouvernement de Henri II Plantagenêt*, Abbeville, 1946.

19. Sobre el origen del torneo ver nota 30 del capítulo I. KEEN, M., *La caballería*, Barcelona, 1986, p. 115 y ss.

20. DUBY, G., *Guillermo...* Ed. Cit. p. 105 y ss.



las armas villanas como la picas y los garfios, y que actuaban en aquellas ocasiones, como en la guerra, como un complemento decisivo.

Los torneos se *avisaban* con quince días de antelación y a ellos acudían los caballeros junto a otros con los que formaban un equipo que actuaba bajo el estandarte de un poderoso señor, aunque no faltaban los que iban solos, y junto a ellos aparecía también un mundo abigarrado que participaba en los más diversos menesteres, tanto militares, como más liberales y en los que estaban presentes juglares, chanchulleros, soldaderas,... y curiosos y partidarios declarados de unos u otros que secundaban las evoluciones de los campeones con aplausos y apuestas.

El torneo, que comenzó como un entrenamiento militar y que más adelante fue visto como un pasatiempo de la nobleza, muy pronto alcanzó a ser una representación vivida de los combates reales, hasta tal punto, que el peligro físico que corrían los participantes llegó a ser algo manifiesto. Y es que en realidad, en numerosas ocasiones, con la convocatoria de torneos se jugaban bazas preparatorias para la concentración de tropas que después habrían de ser utilizadas en operaciones militares, como en alguna de las Cruzadas<sup>21</sup> y a veces, también, con los torneos, la nobleza medieval consiguió participar de la recreación la realidad hasta convertirla en una auténtica representación que bien puede ser calificada de teatral, de ficcional.

Casi todos los grandes señores de los siglos XII y XIII que promovieron la literatura caballeresca, fueron, por otro lado, patrocinadores de grandes torneos como, aparte de los citados anteriormente Enrique de Plantagenet y Felipe de Flandes, Leonor de Aquitania y su hijo Enrique, Federico Barbarroja, Godofredo de Bretaña, etc.

Las condiciones por las que se regían los torneos eran publicadas y en ellas se fijaba el lugar, por lo general entre dos pueblos, y se disponían los límites, los refugios, la clase de armas, las lizas, el botín,... después sucedía el torneo de forma que, en las más de las ocasiones, era sumamente difícil distinguirlo de una batalla verdadera. Si nos acercamos a la descripción que del torneo de Tenebroc hace Chrétien de Troyes en *Erec y Enid* vemos que difícilmente podemos separar la realidad de la ficción pues todo llegó a formar un mismo cuerpo:

“Un mes después de Pentecostés el torneo se prepara y reúne en la llanura, al pie de Tenebroc. ¡Allá hubo tanta enseña bermeja, tantos velos y tantas mangas azules y blancas que fueron dadas como prendas de amor! ¡Tantas

---

21. CARDINI, F., *Barbarroja. Vida, triunfos e ilusiones de un emperador medieval*, Barcelona, 1987, p. 89.

lanzas se llevaron engalanadas de azul y teñidas en sinople, muchas otras de oro y plata y muchas de otra clase, muchas bandas y banderolas grises!. Allí se vio aquel día lazar muchos yelmos de hierro y acero, verdes, amarillos y bermejos, y relucir contra el sol; tantos blasones y lorigas blancas, tantas espadas en el lado izquierdo, tan buenos escudos recientes y nuevos de azul y de bello sinople, tantos de plata con boclas de oro; tan buenos caballos, albazanos y alazanes, pardos y blancos, negros y bayos, todos se aprietan al costado unos de otros. El campo está completamente cubierto de armas; por ambas partes se estremecen las filas, en la liza se eleva el griterío; es muy grande el ruido de las lanzas, que rompen y agujerean los escudos, falsan y desclavan las lorigas, vacían las sillas y hacen caer a los caballeros; los caballos sudan y espumajean. Allí todos desenvainan las espadas sobre aquellos que caen con gran ruido; unos corren para tomarle la fe y los otros para conquistar el campo de batalla. Erec monta sobre un caballo blanco, va delante de la fila de los suyos para justar si encuentra con quién. Por el otro lado, contra él, allí mismo, espolea el Orgullosos de la Landa, y monta un caballo de Irlanda que lo lleva con gran rapidez. Erec lo hiere con tal fuerza sobre el escudo, delante del pecho, que lo ha derribado del destretero, lo deja y sigue. Y Randurant le viene por delante, hijo de la Vieja de Tergalo; le ataca de frente: iba cubierto con un cendal azul y era caballero de gran proeza; uno se dirige contra el otro, e intercambian grandes golpes sobre los escudos que llevan al cuello. Erec lo derriba a la distancia de una lanza. Al volverse, Erec se ha encontrado al rey de la Ciudad Roja, que es muy valiente y noble; cogen las riendas por los nudos y los escudos por las abrazaderas; ambos tenían muy bellas armas y muy buenos y rápidos caballos; sobre los escudos recientes y nuevos se golpean con tan gran fuerza que ambos destrozaron las lanzas; antes, tales golpes nunca fueron vistos. Al mismo tiempo, chocan los escudos, las armas y los caballos; cinchas, riendas y petrales no pueden aguantar al rey: se ha caído al suelo; en la mano se lleva ambas riendas y el freno; todos los que vieron aquella justa quedaron maravillosamente admirados y dicen que demasiado caro le cuesta a aquel que se enfrenta con tan buen caballero. Erec no quiere esperar a coger el caballo ni al caballero, sino justar y golpear bien, por lo que se prepara para mostrar su valor; por él se estremece la lucha, su valentía hace que se anime el que se encuentra a su lado; tomaba caballos y caballeros para abatir a la mayoría. De mi señor Galvan quiero decir que lo hacía bien y bellamente. En el combate abatió a Guincel y apresó a Gaudín de la Montaña; toma caballeros, gana caballos: bien lo hizo mi señor Galván, Guirflet, el hijo de Do, Yván y Sagremor el Impetuoso. Estos han combatido tanto que acorralan a los caballeros en las puertas: apresan y derriban a bastantes. Los de dentro del castillo vuelven a salir a la puerta, al combate contra los de afuera. Allí fue abatido Sagremor, caballero de gran valía: estaba apresado y prisionero, cuando Erec corre en su ayuda. Contra uno de los otros destroza la lanza, golpeándole bajo la tetilla, de forma que lo hizo vaciar la silla; luego desenvaina la espada y los atraviesa, hunde los yelmos y los rompe; todos huyen y se dan a la fuga, pues hasta los más valientes le temen. Tantos golpes y empujones dio, que ha

rescatado a Sagremor; luchando los ha vuelto a meter en el castillo; entonces tocaron avisperas. Tan bien lo hizo Erec que fue el mejor de la batalla; pero mucho mejor lo hizo el día siguiente: tantos caballeros valerosos apresó con su mano e hizo vaciar tantas sillas que nadie lo creería si no lo hubiese visto”<sup>22</sup>.

Los torneos, casi auténticas batallas, repetimos una vez más, han sido vistos en numerosas ocasiones como meros ejercicios de entrenamiento, o, como dice Marie-Luce Chênerie, como “un ejercicio pacífico de la proeza”<sup>23</sup>. Para este autor, en su gran obra sobre la novela de los siglos XII y XIII, el torneo literario integraba el motivo legendario de los juegos atléticos y, así mismo, el de los combates que tan frecuentemente encontramos en los relatos folklóricos que otorgaban al vencedor el derecho de ser el heredero de un reino. Por lo que hacía que por el primer motivo el torneo apareciese como una etapa más en su carrera, y por el segundo se pasase a un fin o integración definitiva del héroe en la sociedad. El torneo fue admitido como un mero ritual que se acoplaba perfectamente a tenerse como mero recurso literario ya que permitía que en un momento dado apareciese un *ausente*, surgiese un encuentro inesperado, se pudiera demostrar valor ante lo desconocido,... aunque como tal ritual, y apoyándonos en J.P. Vernant, y señalando las contradicciones que hay en él, podemos recordar que la práctica del rito posee una virtud de integración, de cohesión social, y de solidaridad.

En un cuadro contenido en este libro, Marie-Luce Chênerie expone las múltiples ocasiones que muchos los caballeros de las novelas artúricas participaron en torneos de uno o varios días<sup>24</sup>.

Y junto a Chrétien de Troyes debemos tener en cuenta también a Jean Renart con su obra *Le Roman de la Rose ou de Guillaume de Dole* donde se nos hace una minuciosa descripción de todos los pasos sobre los que discurrían los torneos y justas<sup>25</sup>. Es este un autor que ha sido visto como un mediador entre el novelista y el historiador al desprenderse de su obra una utilización de la ficción para la propagación del espíritu caballeresco, y un sentido del realismo en sus descripciones.

---

22. CHRÉTIEN DE TROYES, *Erec y Enid*, (2080-2205). Traducción de V. CIRLOT, A. ROSELL y C. ALVAR. Madrid, 1987, p. 40 y ss.

23. CHÊNERIE, M.L. *Le chevalier errant dans les romans Arthurien en vers des XII et XIII siècles*, Genève, 1986, p. 134.

24. CHÊNERIE, M.L. *Le chevalier...* Ed. cit. P. 135.

25. JEAN RENART, *Le roman de la Rose ou de Guillaume de Dole*, Félix LECOY éd. Paris, 1979. Sobre este autor, con referencia a los torneos vid. CHÊNERIE, M.L., “L’épisode du tournoi dans *Guillaume de Dole*”, *Revue des Langues romanes*, 83, 1979, p. 41 y ss. Hay traducción en castellano debida a Fernando CARMONA, *Historia de la rosa o del caballero Guillermo de Dole*, Murcia, 1991. El torneo en los versos 1224-2967.



nes hasta procurar una sensación de autenticidad<sup>26</sup>. Su obra, junto a la de Chrétien, nos hace ver hasta que punto estuvieron unidas literatura y realidad, o lo que es lo mismo que decir ideal caballeresco y la práctica real de los torneos.

Pero el torneo literario, fuente de conocimiento de los reales, más que como auténtico soporte literario bien administrado por Chrétien de Troyes y Jean Renart en sus relatos, hemos de verlo como una auténtica realidad teatral o dramática sobre la que se alzó gran parte de la vida comunitaria y guerrera de aquella sociedad. Y al decir *realidad teatral* o *dramática* nos referimos a la necesidad que en aquellos siglos se tuvo de dotar a la vida social de una dimensión nueva que la prolongara, y en la que el hombre podía participar desde el juego, como antes hemos apuntado. Y buena prueba de todo ello es el desarrollo que el torneo alcanzó a lo largo de aquellos siglos bajomedievales pues poco a poco se fue separando de su pura razón de ser militar para pasar a ser una realidad en sí misma, una vía que llevaba a la perfección en la caballería, que podía ser vista como un ideal, y, también, como un medio para alcanzar riqueza al acaparar cuantiosos rescates o ser el medio idóneo para poder contraer matrimonio con una rica heredera. La figura de la dama junto al caballero, a la grupa de su caballo o en las ventanas de los muros del castillo ante el que se desarrollaba la justa o el torneo, apareció como una constante en los relatos novelescos, y también en la realidad, tal como quedaron reflejados en crónicas que relataban sus aventuras, como en la del caballero bávaro Ulrich von Lichtenstein, en la que no falta teatralidad en su descripción una vez más con la presencia de caballeros y damas vestidos como los personajes de la corte del rey Arturo, semejantes a los hechos de armas de otros caballeros como Aubert de Longueval, Huart de Bazentin,... y hasta se popularizaron las fiestas llamadas de la Tabla Redonda en los Países Bajos, España, Inglaterra,...<sup>27</sup>. Sin duda alguna, la mejor descripción de un torneo en la que encontramos todos estos elementos es la debida a Jacques Bretel del celebrado en Chauvency en 1285 y que fue costado por el conde de Chimy, y donde el amor aparece como una auténtica fuerza capaz de hacer que se realicen grandes hazañas por los campeones<sup>28</sup>.

Muy pronto aparecieron *reglamentos* que poco a poco se fueron haciendo más detalistas y minuciosos ya que en buena parte trataron de que tanto en las justas o en los torneos, por un lado se corriese el menor peligro posible en los participantes, y por otro que este se desarrollasen de la manera más equitativa posible, lo

---

26. BALDWIN, J.W., "¿Jean Renart et le tournoi de Saint-Trond: una conjonction de l'histoire et de la littérature", *Annales*, 45/3, 1990, p. 567.

27. KEEN, M., *La caballería*, Ed. cit. p. 128 y ss.

28. BRETEL, J., *Le tournoi de Chauvency*.

que llevó incluso a que quedasen fijados desde los honorarios que debían pagar los participantes, según fuesen barones, condes, o bachilleres o *andantes*, hasta el número de servidores que cada caballero podía tener en el momento del torneo, las dimensiones y características de las lanzas y espadas, el número y clase de los participantes en las fiestas que se celebraban junto a los torneos, la delimitación del campo, la clase de armaduras,... y otros detalles, así como quién podía ser juez del torneo o *diseurs*. Entre estos reglamentos destacó *Le libre de tournois* de René d'Anjou, rey de Sicilia, cuyas reglas fueron admitidas internacionalmente. Por otro lado, los torneos también sirvieron para diseñar y esclarecer los linajes de las diversas familias de la nobleza ya que desde determinado momento, y cada vez con mayor insistencia, para poder participar en los torneos los aspirantes tenían que justificar su ascendencia noble, como sucedió en Alemania donde se impuso de manera rigurosa la norma de que nadie sería admitido en ellos si no podía demostrar que sus antepasados habían concurrido a ellos por lo menos cincuenta años antes.

Curiosamente, con arreglo a lo que hemos apuntado anteriormente respecto al valor dramático del torneo, algunos de estos *reglamentos* fueron ordenados en colecciones del siglo XVII con el nombre de *teatros* como la de A. Favyn<sup>29</sup>. Con estas disposiciones se procuró evitar en lo posible que no concurriesen a ellos los burgueses, pues en algunos de ellos, como en la fiesta del Espinette de Lille o el torneo con vestimenta artúrica que se celebró en Magdeburgo en 1281, donde los burgueses trataron de mostrar sus aspiraciones sociales ya que estaban dispuestos a evidenciar si les dejaban que ellos también eran capaces de actuar de un modo caballeresco.

Todo ello condujo a que tanto las justas como los torneos se fuesen convirtiendo en actos ceremoniosos y cortesanos, puramente festivos, aunque no faltaron encuentros peligrosos en los que hubo numerosos heridos y muertos como lo demuestran las largas relaciones de accidentes fatales sucedidos en torneos, llegándose en algunos casos a ser motivo de verdadero escándalo, como en el celebrado en Neuss en 1241 en el que murieron ochenta caballeros, por las armas y por las condiciones de calor que hizo que muchos de ellos perecieran asfixiados. Pero, a finales del siglo XIII, esto no era, ni mucho menos, lo usual. Y más adelante el torneo pasó a ser una ocasión en la que se llevaba a cabo una representación plenamente teatral como encontramos en la que se celebró con el nombre de Fiesta del Faisán en Lille en 1453, dentro de la más rancia tradición medieval, y en la que se escenificó una arenga hecha por Felipe de Borgoña para

---

29. FAVYN, A., *Le Théâtre d'honneur et de chevalerie*, París, 1620. 2 vol.

convocar una Cruzada que llevase a cabo la reconquista de Constantinopla que pocos años antes había caído bajo el poder otomano. Los diversos actos comenzaron con una justa en la que Adolfo de Clèves, disfrazado de Caballero del Cisne, desafió a todos los presentes. En el banquete, los invitados se asombraron ante los efectos escenográficos que hicieron posible que en un momento dado apareciese un muñeco que semejaba un niño subido a una roca desde la que orinaba agua de rosas. Pero el punto culminante de la fiesta fue cuando entró en el salón un gigante vestido de moro de Granada que conducía un elefante sobre el que iba llorando y dando muestras de dolor una doncella, que simbolizaba la Santa Iglesia lamentándose de que dicha ciudad permaneciese en manos de los infieles<sup>30</sup>. En otra fiesta celebrada en París en 1378 por Carlos V de Francia en honor del emperador Carlos IV, tras un torneo, se representó la conquista de Jerusalén por Godofredo de Bouillón con la consiguiente derrota de los musulmanes<sup>31</sup>.

El torneo, para este momento, había pasado a tener valor por sí mismo. El entrenamiento militar fue quedando como una entelequia de un pasado remoto, que a la vez resultaba inútil ante las nuevas armas, y hasta se hicieron armaduras con el yelmo que sólo podía ser utilizado en las justas ya que su mirilla resultaba inservible en el campo de batalla, y por tanto sumamente peligrosas en el caso de que el caballero tuviese que cambiar de la postura requerida para llevar la lanza en el palenque.

Aquella sociedad se había transformado profundamente y la mujer perteneciente a la nobleza había pasado a jugar un papel nuevo llevándola a participar, a veces como espectadora, y a veces como actora, en el juego que se llevaba a cabo en justas y torneos. La novela, desarrollada por la protección que se le prestó a sus autores en las cortes del norte de Francia, Inglaterra y Flandes, que a su vez fueron los promotores más importantes de justas y torneos, vino a resaltar la doctrina del amor de los trovadores. El arte, nacido de la vida, sirvió a su vez de clara referencia para que la vida pudiera imitar al arte.

Y así, poco a poco, lo que pudiera haber sido visto como antagonismos, como el amor mundano y las hazañas de los caballeros para obtener botín, fue adaptándose a los requerimientos que imponían los tiempos. Los torneos volvieron a ser vistos como el inicio de una carrera militar que terminaba en el campo de batalla al enfrentarse con los enemigos de Cristo. A veces, algunos caballeros que querían acudir a las Cruzadas participaban en torneos para que se fijasen en sus

---

30. BULLOUGH, D.A., "Games people played: drama and ritual as propaganda in medieval Europe", *Transactions of the Royal Historical Society*, 5 serie, 29, 1974, p. 103.

31. BULLOUGH, D.A., "Games people played: drama..." , ed. cit. p. 99.



destreza con las armas y fuesen tomados al servicio de algún Señor que iba a partir hacia Tierra Santa con una dotación de caballeros. Y al mismo tiempo, el tema del amor volvió a aparecer una y otra vez.

Por último, el tema del torneo a lo divino pasó al teatro en pequeños entremeses como el titulado *Le Tournoiement d'Antechrist* de Huon de Méry en el que aparecía Satanás en la figura de un caballero que llevaba como enseña un trozo de la camisa de Proserpina, reina del mundo de los muertos, y el mismo Jesucristo que le retaba a combate. Jesucristo se mostraba vestido con armadura completa y un escudo en el que figuraba la cruz como blasón defensor. Junto a él se distribuía un ejército compuesto por arcángeles, las virtudes cristianas y de la caballería, y hasta los caballeros del Rey Arturo<sup>32</sup>.

Y de igual modo que la figura del caballero pasó a ser un personaje prototípico de los relatos novelescos, también lo hizo en los *ejemplos* utilizados en los púlpitos por los predicadores para mostrar casos en los que el buen caballero resultaba vencedor por el auxilio eficaz de la Virgen María.

El torneo llegó a convertirse en una parte importante e imprescindible de toda fiesta junto a los fastos de la entrada del príncipe y otros actos. Cuando en la novela *Tirant lo Blanch* se refieren las fiestas organizadas en Londres por el rey Enrique de Inglaterra con motivo de sus esponsales con la hija del rey de Francia, que duraron un año<sup>33</sup>, encontramos un claro ejemplo arquetípico de las fiestas que se celebraron en numerosas cortes europeas, aun dentro de lo hipérbolico, y en las que la caballería, por encima de las fronteras, aglutinaba las maneras cortesanas.

La entrada del príncipe (c. 41 y 42), en la que participa el brazo militar con el duque de Lencastre a la cabeza; los miembros de las ordenes con un cirio en la mano, los menestrales; las monjas con hábitos de seda, ya que el Papa había otorgado permiso para ello, cantando el *Magnificat*; los oficiales reales y hombres armados a pie; las mujeres públicas y las que vivían enamoradas, con guirnaldas de flores y mirto en las cabeza, que iban bailando al son de tamboriles;... todo ello es descrito con trazos caricaturescos por su desmesura junto a críticas sarcásticas de los jueces.

32. MÉRY, H. de, *Le Tournoiement de l'Antechriste*, Reims, 1851. Citado por KEEN, M., *La caballería*, ed. cit., p. 135.

33. Sobre *Les festes d'Anglaterra* de la novela de Joanot Martorell se han escrito varios estudios: SIMÓ, J.O., "Tirant lo Blanch y la ansiedad de ficción del caballero Martorell", R. BELTRÁN, J.L. CANET y J.L. SIRERA, eds. *Historias y ficciones* (Coloquio sobre la literatura del siglo XV), Valencia, 1992, p. 323 y ss. HART, T.R., "Comedy and Chivalry in *Tirant lo Blanch*" in: A. DEYERMOND y I. MACPHERSON, eds, *The age of Catholic Monarchs, 1474-1516*, Liverpool, 1989, p. 64 y ss. RIQUER, M. de, *Aproximació al "Tirant lo Blanc"*, Barcelona, 1990, y otros.

La procesión salió de la ciudad y avanzó hasta un lugar llamado Granüig en el que había un castillo en el que esperaba la reina. Cuando esta supo que el rey se aproximaba, pasó a un castillo de madera que era llevado en una carreta de doce ruedas y que movían treinta y seis caballos, junto a las ciento treinta doncellas que la acompañaban. En torno a la carreta marchaban escoltándola numerosos duques, condes, marqueses,... Los participantes en la cabalgata saludaron a la señora con una gran reverencia conforme iban llegando. Tras la llegada del rey Enrique, el cardenal dijo la misa, y el duque de Lencastre volvió a dar la orden de caballería al monarca.

Las fiestas continuaron con banquetes y bailes durante días. El sábado por la mañana se celebró consejo general de todos los estados, y se publicó lo dicho por los reyes de armas y por los portavoces y heraldos lo que se debía de hacer en los días de las semana: el domingo se harían danzas durante todo el día, junto a juegos y entremeses que concurrirían para conseguir varios premios (c.45); el lunes habría justas con armas reales o armas de guerra. El que más armas quebrase y mejor lo hiciera recibiría cada lunes del años cinco marcos de oro (c. 46); el martes se celebraría un torneo sobre campo cerrado y en el que podrían tomar parte cualquier caballero o gentilhombre, uno por uno, dos por dos o diez por diez, o veinte por veinte,... El que mejor lo hiciera sería ganador de una espada de oro, y el peor quedaría como prisionero a disposición del vencedor hasta que saliese por rescate o por otra manera (c. 47); el miércoles se combatiría a caballo a ultranza, a muerte, y al mejor le sería dado una corona de oro (c. 48); el jueves combatirían a pie y a toda ultranza quienes quisieran entrar en campo cerrado, y el vencedor ganaría una dama en oro a semejanza de la reina, y el vencido hará juramento ante los jueces de que no volvería a requerir en su vida a ningún caballero, y en aquel año no volvería a llevar espada,... (c. 49); el viernes, por ser día de pasión, se cazaría (c. 50); y el sábado el rey haría caballeros a todos aquellos que fuesen merecedores de dicho honor (c. 51). Para que todo discurriese conforme a las leyes de caballería se nombraron veintiseis caballeros capitanes de campo, a los que nadie podría reprocharles nada.

Una tarde, tras una ceremonia en la que se acordó las condiciones de las justas, todos fueron a una pradera en la que se encontraron una cosa de gran magnificencia que era un *roca* hecha de madera que aparecía toda cerrada, y sobre la roca se mostraba un gran y alto castillo guarnecido de bellas y altas murallas en las que aparecían quinientos hombres de armas. Y el caballero Tirant continuó explicando al ermitaño lo que sucedió con las siguientes palabras:

“Llegó primero el Duque con toda la gente de armas y mandó que se abriese la roca, y los que estaban dentro dijeron que no lo harían a nadie pues su señor

no lo quería, y que deberían volverse atrás. “¡Que todo el mundo haga lo que yo voy a hacer!”, dijo el duque. Se bajó del caballo y púsose al frente de toda la tropa que hizo lo mismo: con las espadas en las manos y con las lanzas comenzaron a batiarse muy duramente por conquistar dicha roca. Los que estaban en lo alto de las murallas comenzaron a lanzar grandes canteras y bombardas, culebrinas y espigardas, barras que parecían de hierro y piedras, pero todo esto era de cuero negro, y las piedras de cuero blanco, de las que las había grandes y pequeñas, y estaban rellenas de arena, pero si acertaban a algún hombre lo dejaban tumbado en el suelo. Y de verdad que fue un combate muy gentil: y los que no lo sabíamos, en el primer combate, pensamos que iba de veras, y muchos descabalgamos y con las espadas en las manos corrimos hacia allí, pero pronto comprendimos que era de burla. Después llegaron todos los estados y rogaron que se rindiesen, pero tampoco quisieron abrir la puerta, ni siquiera al rey. Pero entonces, la reina, que veía que no querían abrir a nadie, acercóse con todo su estado a la puerta y preguntó quién era el señor del castillo, y dijéronle que el dios del Amor, el cual se asomó por una ventana. La reina, al verlo, le hizo una gran reverencia de rodillas y dio principio a las palabras en semejante estilo” (c. 53).

“ — De la excelsitud de vuestra majestad, dios del Amor, está mi conocimiento alterado, que a la suplica de tantos de vuestros servidores habéis negado la visión de vuestra beatitud y gloria. Y puesto que en el mundo domináis los espíritus de los leales amantes, no seáis ávaro en socorrer a los que bien y lealmente os sirven,... ( *Tirant*. c. 54).”

Una vez que la reina acabó su humilde súplica, con gran estruendo, se abrió la puerta de la roca, y el rey y la reina, con todos los estados que les acompañaban, pasaron al interior del castillo que estaba engalanado con telas de raso trabajadas en oro y seda, y en las que se referían historias hechas con imágenes. El cielo aparecía cubierto con paños de brocados azules, y en la parte superior unas tribunas llenas de ángeles vestidos de blanco, con diademas de oro en la cabeza, tocando toda clase de instrumentos y otros cantando por arte de singular música. Por último salió el dios del Amor se dirigió a la reina para hacerla señora de su voluntad y dispensadora de las gracias que emanaban de aquel paraíso (c. 55).

A continuación la roca se partió en cuatro partes y en cada una de ellas quedaron aposentados el rey con todo su estado, en la segunda la reina con sus acompañantes franceses, en la tercera todos los extranjeros,... En cada una de estas partes había numerosos aposentos. En la del rey había un fuente de plata de la que manaba agua muy clara. En la de la reina había una estatua de oro de la que manaba vino,...(c. 55)<sup>34</sup>.

34. Utilizo la edición de *Tirant lo Blanch* de *Clàssics valencians*, 7 y 8. a cargo de A.G. HAUF, Valencia, 1989.



La fiesta, como los lances de los caballeros dispuestos en la vida en busca de aventuras, como los entrenamientos de los guerreros que recibieron el nombre de torneos, como el relato sagrado de la vida de Jesús, como la entrada del monarca en la ciudad, como el banquete del príncipe en su castillo,... todo había acabado siendo materia de literatura dramática en un cuerpo que hemos de ver como un prototipo imaginativo y fantástico, y que como tal lo encontramos descrito en *Titant lo Blanch* y en otras muchas ocasiones.

La realidad, al final de los siglos medievales y comienzo de los llamados renacentistas, se había tornado en un campo en el que la ficción imponía su sello desdoblándola hasta límites que difícilmente permitían que se pudiese hacer la distinción de un campo y otro.

Pero si la vida se había tornado materia literaria, ésta, en una especie de eterno retorno, volvía siempre a la vida recreándola en nuevas formas, y así vemos como, a lo largo del siglo XV, comenzó a aparecer la aventura del caballero solitario, o acompañado de unos compañeros, dentro de los esquemas propios de la aventura fantástica porque en ella hasta el mundo cambiaba para adaptarse como escenario idóneo.

En los libros que describían el arte de la guerra, la defensa o ataque de un puente, un desfiladero, el remanso del río que permitía su vado,... era un hecho que debía ser tenido en cuenta tanto en su técnica de ataque como de defensa, y como tal apareció también con suma frecuencia en las novelas caballerescas cuando un caballero se enfrentaba a todo aquel que quisiera transitar por dicho lugar. Dicho acto caballeresco recibió el nombre de *paso*. En las novelas de Chrètien de Troyes ya lo encontramos como claro antecedente: en *Erec y Enide*, encontramos el caballero que defiende un jardín haciendo frente a todo aquel caballero que quiera transitar, *pasar*, por él aunque el que le venza sería también su libertador, o en el episodio del caballero que guarda la Fuente Brocéliande en *El caballero del León*, o el de *le Tertre Devée* o cerro prohibido que se refiere en el *Lancelot*, o los que tienen por protagonistas a Perceval, Gauvain, etc.

El *paso de armas* pronto llegó a ser una ocasión feliz que permitía al caballero levantar un escenario particular desde el que teatralizar la vida, y como tal, durante los siglos XIV y XV, se multiplicaron tanto en aventuras individuales como en las justas que se organizaban dentro de una fiesta conmemorativa, como vemos que sucedió en Valladolid en el año 1428 cuando se quiso agasajar a la infanta doña Leonor cuando iba a Portugal a contraer matrimonio con el infante don Duarte. En esta justa tomaron parte el rey de Castilla Juan II, el rey de Navarra, el infante don Enrique, don Alvaro de Luna, y otros caballeros. En una plaza se levantó una fortaleza de madera y de lienzo de la que sobresalía una torre

muy alta en cuyo extremo se colocó una campana, y sobre ella la figura de un grifo dorado. La torre estaba cercada

“de una çerca muy alta, con quatro torrejones, y luego su barrera, más baxa vn poco que la çerca, con otras doze torres, estaua en cada vna dellas vna dama bien arreada, y baxo en el suelo de la fortaleza...”.

En una parte del escenario había una puerta por donde debían de venir los caballeros aventureros y un gran barco con una cartela en la que se decía *Este es el Varco del Pasaje Peligroso de la Fuerte Ventura*. Y así, en un momento dado comenzó lo que debemos ver como representación.

“Y como venían algunos caualleros aventurosos y llegauan al Varco Peligroso, luego los que estauan ençima de la puerta de la fortaleza tocauan vna canpana que tenían en la torre de la fortaleza. E salía fuera de la fortaleza vna dama ençima de una hacanea, y vn faraute con ella, y preguntaua a aquel aventurero que allí llegaua que quál ventura le avía traydo a tan peligroso paso, que se dezía de la Fuerte Ventura; por eso, que se boluiese, y que non podía pasar syn justa. Y el que se quería boluer lo podía fazer; el otro non podía pasar syn justa”<sup>35</sup>.

En dicha justa murió el caballero Gutierre de Sandoval, sobrino del conde de Castro.

A esta fiesta sucedió otra organizada por el rey de Navarra en la que se dispuso una *roca* de grandes proporciones que fue llevada sobre carretones. En el centro de ella iba el rey armado de arnés real encima de un caballo muy grande arreado muy ricamente. Delante de él iban cuarenta caballeros. En un momento dado se dividieron en dos mitades y comenzaron un torneo en el que hicieron una entrada. Después se hizo una justa en la que don Alvaro de Luna salió por caballero venturoso, con doce caballeros de su casa<sup>36</sup>. En los días siguientes se celebró un gran torneo de cincuenta por cincuenta caballeros.

Numerosas son las noticias que tenemos de *pasos* en los diversos lugares, llegándo algunos a ser sumamente celebrados, como el que organizó don Beltrán de la Cueva por la vuelta a Madrid del rey Enrique IV y la reina que dió lugar a que el monarca ordenase que se construyese en aquel lugar el monasterio de la

35. LOPE DE BARRIENTOS, *Refundición de la Crónica del Alconero*. Ed. de Juan de MATA CARRIAZO, Madrid, 1940, p. 59 y ss. Sobre esta justa ver RIQUER, M. de, *Caballeros catalanes y valencianos en el Passo Honroso*, Discurso leído el 4 de Abril de 1962 en la fiesta de San Isidro, Barcelona, 1962, p. 11 y ss.

36. FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN, *Crónica del Serenísimo Príncipe don Juan, segundo rey deste nombre en Castilla y en León*, in: *Crónicas de los reyes de Castilla*, II. BAE. nº 68. p. 446 y ss.

Orden de san Jerónimo del Paso<sup>37</sup>, o el que se celebró en Jaen en 1461 después de las velaciones del condestable don Miguel Lucas de Iranzo, para lo que se construyó un puente de madera en la plaza y el caballero Fernán Mexía desafió a todo aquel que quisiera cruzar por él<sup>38</sup>. En Barcelona, en 1455, en la plaza abierta ante la iglesia de Santa María del Mar, con tribunas para acomodar a las damas de la aristocracia, a los invitados, a los consejeros y a los Diputados de la Generalitat, se corrió un *paso* que quedó dispuesto tras que Gastón II plantase un pino con manzanas doradas en el centro de ella. Todo ello

“per fer argument o assumpte del combat el compromís contret per un senyor aventurer, servidor de la dama de la Selva secreta, de defensar per la amor de dita dona el pas del pi dels fruits d’or contra tot altre senyor que’s presentés”<sup>39</sup>.

El caballero entró en liza a las nueve de la mañana vestido con todas sus armas y luciendo un escudo en el que figuraba pintado el *pi de les pomes dor*, y un séquito compuesto por seis pajes vestidos de damasco blanco y doce caballeros, y por último, dos sarracenos a pie. La justa fue de una gran violencia pues

“abdós combatidors baxeren la llança y s’embestiren ab tanta furia que toparen els cavalls y trencaren les dues llances, l’una contra l’escut del altre, perdent el senyor d’Espurg una pessa del bras, de la seva armadure”<sup>40</sup>.

Los enfrentamientos se sucedieron durante tres días y a partir de entonces se le conoció con el sobrenombre de *le Chevalier du Pin*.

Pero el *paso* más famoso de cuantos se celebraron durante el siglo XV en España fue el conocido por el nombre de el *Paso honroso* y tuvo lugar como réplica al celebrado en 1428 y en el que las justas organizadas por el infante don Enrique con el nombre de Fuerteventura atenuaron el lucimiento de las organizadas por don Alvaro de Luna. Este, para ganar la atención y aplauso de Juan II organizó una *paso* aprovechando la *liberación amorosa* de su criado Suero de Quiñones, y que por los caballeros que a él concurrieron adquirió una fama sin

37. DIEGO HENRIQUE DEL CASTILLO, *Crónica del rey Don Enrique el Cuarto de este nombre*, in: *Crónicas de los Reyes de castilla*, III, BAE, nº 70, p. 113.

38. *Hechos del Condestable don Miguel Lucas...* Ed. cit. p. 58 y ss.

39. Sobre este paso ver MIRET Y SANS, J. “El torneigs de la confraría de Sant Jordi a Barcelona”, *Revista de la Asociación Artístico Arqueológica Barcelonesa*, 6, 1909-13, p. 472 y ss. Citado en prólogo de la edición de Amancio LABANDEIRA FERNÁNDEZ a *El passo honroso de Suero de Quiñones* de Pedro RODRIGUEZ DE LENA, Madrid, 1977. P. 21. Sobre este *paso* ver también en RÍQUER, M. de, *Caballeros catalanes...* Op. cit., p. 17 y ss.

40. Amancio LABANDEIRA FERNÁNDEZ, Op. cit., p. 21.



igual. El día primero de año de 1434 se presentó ante la corte castellana reunida en Medina del Campo el caballero Suero de Quiñones con una argolla de hierro aprisionándole el cuello, y en compañía de nueve caballeros, e hizo que se leyera un documento en el que refería la situación en que se encontraba:

“Desseo juso e raçonable es, los *que* en prisiones o fuera de su libre poder son dessear libertad, como yo, vasallo e natural *vuestro*, sea en prission de una señora de gran tiempo acá, en señal de la qual todos los jueves traigo a mi cuello este fierro según notorio sea en *vuestra magnífica* corte e reinos e fuera dellos por los farautos que la semejante prission con mis armas han llevado. E ahora, poderoso *señor*, en nombre del apostol Santiago, yo he concertado mi rescate, el qual es treszientas lanças rompidas por el asta con fierros de Milán, de mí e destos cavalleros que aquí son en estos arneses”<sup>41</sup>.

Las condiciones del *paso* quedaron establecidas, tras el otorgamiento del permiso por Juan II del siguiente modo:

“A todos los cavalleros o gentileshombres a cuya notiçia verná el presente fecho, será manifiesto que yo seré con nueve cavalleros gentiles hombres *que* conmigo serán en la deliberación de la dicha mi prission y empresa, en el paso çerca de la puente de Orbigo arredrado del camino quantía de cinco passos poco más o menos, quinçe días antes del apostol bienaventurado ya dicho, en el que yo estaré fasta quinze después de la fiesta suya si antes en el dicho plazo mi rescate no fuere cumplido”<sup>42</sup>.

El escenario de la representación estaba fijado, el puente de Orbigo, entre la ciudad de León y la de Astorga, es decir, en uno de los tramos de mayor afluencia del Camino de Santiago, y las condiciones de la liza también, trescientas lanzas rotas, tanto de defensores o mantenedores como de conquistadores o andantes, contándose también por ellas el derribo de un caballero o una herida de sangre. Desde Castilla, por el rey de armas León, se hicieron conocer las condiciones del *paso* Honroso a los diversos reinos, ducados, principes y grandes señores de la cristiandad europeos, y a él acudieron caballeros de los más diferentes lugares de Europa.

El *paso*, sin duda, como dice Martín de Riquer, es “una manifestación más de la tendencia a novelizar la vida caballeresca que tan acusadamente se da en el siglo XV”<sup>43</sup>, pero esa tendencia a la novelización terminó por dar a la realidad,

41. PEDRO RODRÍGUEZ DE LENA, *El passo honroso...*, ed cit, p. 84.

42. PEDRO RODRÍGUEZ DE LENA, *El passo honroso...*, p. 91.

con toda naturalidad, un aire de ficción en la que fue posible la vida, a condición de que esta se viese como un juego que era *agon*, es decir *lucha* o *conflicto*, y que aparecía en aquella sociedad sobre fórmulas en las que dominaban unas reglas específicas, y también *alea* o *azar* cuando lo imprevisto marcaba con su sello diferenciador<sup>44</sup>.

Para salvar el salto de una realidad petrificada a una realidad vivida, el hombre de la Edad Media, creó, de modo bien diferente del nacido en el mundo grecolatino, el teatro, en la iglesia y en la calle, en el palacio y en los carros o escenarios, pero esta fórmula teatral, como tal representación, como juego, como fiesta conmemorativa y mítica que llevaba a los días felices de la Edad de Oro, quedó restringida en su uso al estamento noble, pues que el pueblo que participó en ellas lo hizo como mero espectador, y la iglesia se limitó a condenarlas con más o menos fuerza al considerar que era una vía que apartaba del buen fin ya que distraía las conciencias.

Francisco J. FLORES ARROYUELO  
 Universidad de Murcia

---

43. Riquer, M. de, *Caballeros andantes...*, ed cit, p. 68.

44. Vid. Callois, R., "Structure et classification des jeux", *Diogenes*, 12, 1955, p. 81.